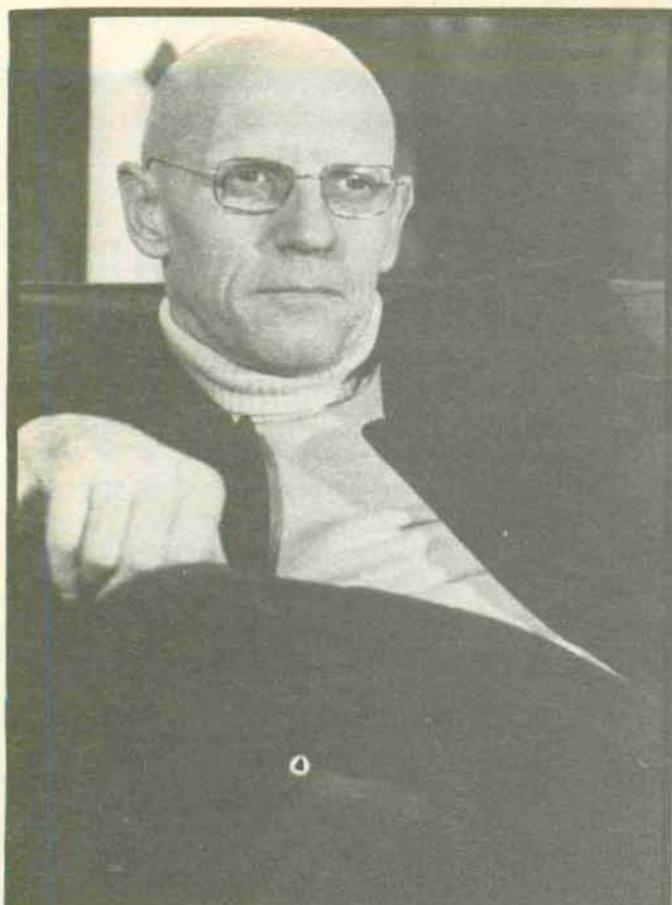


Anatomía histórico-política del orden burgués

Foucault frente a Marx

Julia Varela y
Fernando Alvarez-Uría



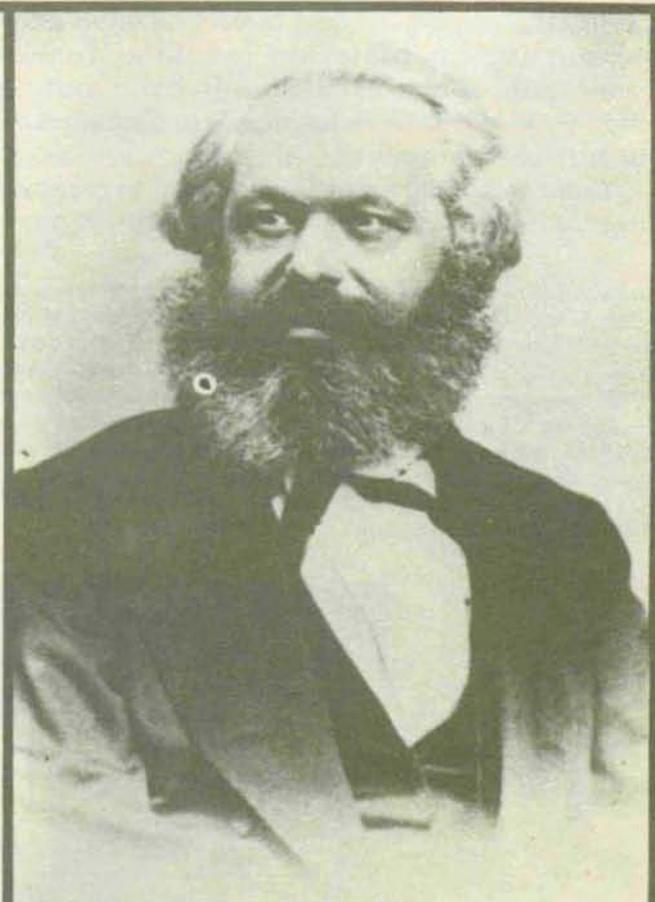
Según Michel Foucault —en el grabado—, el intelectual es «el destructor de evidencias y universalismos, el que señala e indica en las inercias y las sujeciones del presente los puntos débiles, las aperturas, las líneas de fuerza, el que se desplaza incesantemente y no sabe a ciencia cierta dónde estará ni qué pensará mañana...».

LA aceptación por el marxismo del evolucionismo darwiniano, que suponía implícitamente la interiorización del malthusianismo, convirtió al hombre en el culmen de un proceso biológico que sumado al culto de la personalidad y al stajanovismo hizo posible la derivación del marxismo hacia una fenomenología cristiana en la que el humanismo, la conciencia y la alienación constituían una suplantación de las clases, la lucha política y la explotación. Estos y otros factores sumados a la importancia que Marx concedió a la instancia económica, entre otras razones porque sobrevino su muerte cuando pretendía analizar en *El Capital* otros aspectos, tuvieron como resultado una concepción economicista que hacía de la superestructura un reflejo de las relaciones de producción y de la lucha obrera una consecuencia de la coyuntura económica —sirvan de ejemplo de tal mecanicismo algunas historias tristemente célebres del movimiento obrero español—. El marxismo se cantonaba cada vez más en su reducto económico a medida que las posibilidades de una lucha armada y proletaria en

Europa iban perdiendo terreno y es preciso reconocer, que, pese a sus aspectos discutibles, los althusserianos realizaron un esfuerzo importante por librar la lectura de Marx de una rémora burguesa. Lástima que para tal proyecto hayan tenido que recurrir a Espinoza, y lástima también que en vez de zanjar la cuestión con un corte temporal entre el joven Marx y el Marx maduro no se hayan planteado las limitaciones del pensamiento marxista como consecuencia de su inscripción socio-histórica.

Precisamente un año después de que Althusser lanzase su contraofensiva antihumanista (1965), Michel Foucault, desde el terreno de la Historia, rompía con todo tipo de existencialismos marxistas para mostrar que el hombre había sido producido recientemente. Al menos dos consecuencias derivaban de tales conclusiones: 1.º La Historia no obedece a la ley del progreso dirigido por la razón, sino que viene definida por leyes y determinaciones que no encuentran su explicación en la conciencia humana. 2.º Los derechos humanos y

Hace ya más de cien años que Marx descubrió el continente historia susceptible de ser analizado en función de las relaciones de producción, las determinaciones económicas y la lucha de clases. Pero el materialismo histórico, que suponía una ruptura con las mixtificaciones burguesas sobre el pasado y el presente, se vería completado por una filosofía de tendencia totalizadora denominada materialismo dialéctico, que reforzada por el triunfo de los principios evolucionistas de la época y más tarde por las simplificaciones stalinistas, produciría a la larga una esclerosis en la concepción marxista de la historia.



«Es en la práctica — escribe Marx — donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealdad de un pensamiento aislado de la práctica es un problema puramente escolástico».

el desarrollo de las ciencias humanas, que se articulan sobre el principio de la identidad, no funcionan tanto como falsa conciencia sino como condiciones de producción del poder. Con **Las palabras y las cosas** Foucault no sólo desenmascara los montajes teilhardianos y personalistas, sino que plantea la relación entre mecanismos de saber y de poder dando lugar a un nuevo tipo de análisis de la llamada superestructura. En cierto modo **Las palabras y las cosas** son un ataque, desde el «interior», dirigido contra los saberes burgueses y prolongan la crítica lanzada anteriormente, desde el «exterior», en la **Historia de la locura**. En esta obra Foucault demuestra que nuestra racionalidad establecida es imposible sin la reducción al silencio, de otro modo de razonar calificado como delirio y sinrazón.

La prisión, la sexualidad, el discurso, las ciencias humanas, la medicina, la locura, constituyen los espacios minuciosamente analizados por Michel Foucault. Todos ellos forman parte de un amplio proyecto político: realizar una anatomía política del orden burgués, forjar

materiales destinados a servir en las luchas políticas de tal forma que sean quienes los utilicen los encargados de juzgar sobre su validez o sobre la necesidad de reelaborar otros nuevos. Se rompe así, entre otras cosas, con el mito del intelectual tan cargado de narcisismo y de totalitarismo político, convirtiéndose éste en un fabricante de herramientas destinadas a cambiar nuestro presente mediante un detallado y pesado trabajo sobre la Historia. Dicho proyecto entronca fundamentalmente con el marxismo, a la vez que es suficientemente irrespetuoso como para ponerlo en cuestión. En cierto modo el gran debate de este momento está planteado entre Marx y Foucault, y pese a que no ha sido aún suficientemente explicitado, se puede afirmar que desborda el marco de la polémica surgida en el interior de la primera internacional¹. La próxima aparición de **Vigilar y castigar** en

¹ Recientemente (*Le Nouvel Observateur*, n.º 655, 1.ª semana de junio de 1977), N. Poulantzas reconocía que las verdaderas cuestiones de fondo a las que el marxismo tenía que responder

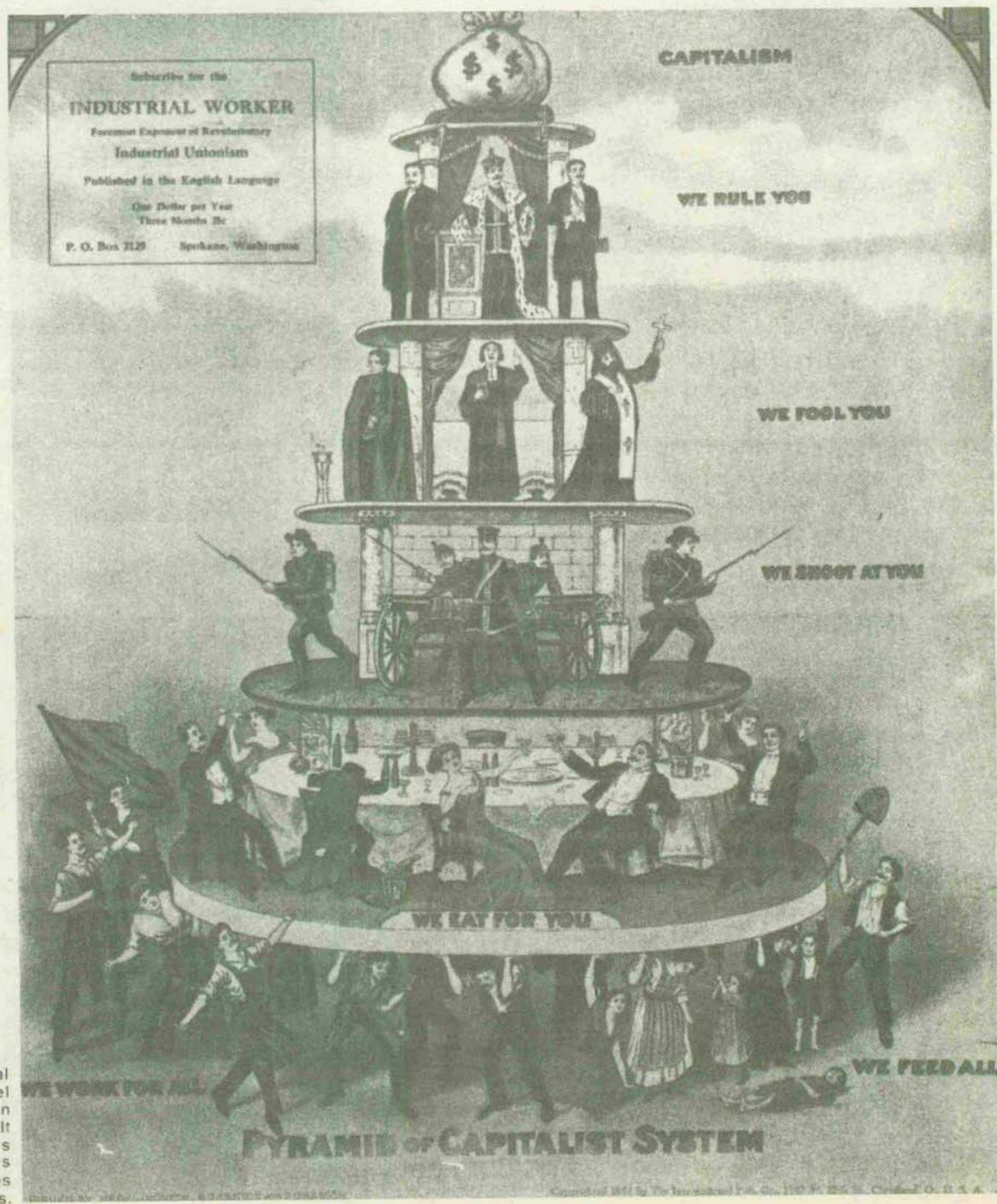
castellano puede ser una buena ocasión para esbozar esta confrontación, que no se circunscribe tanto a una exclusión global cuanto a una dialéctica de retoques, correcciones y formulaciones nuevas, que presentará necesariamente un carácter provisional al estar en fase de elaboración los conceptos fundamen-

tales sobre los que nos centraremos: la Historia, el poder y la *lucha política*.

I.—HISTORIA

Tanto *Vigilar y castigar* como *La volonté de savoir* suponen una ruptura con la concepción de la Historia que Foucault había mantenido hasta entonces. **El nacimiento de la clínica** y la **Historia de la locura** situaban el análisis en un espacio marginal que tenía como matriz común el gran encierro de la época clásica. Locos, vagabundos, pobres, mendigos, etcétera, fueron sometidos entonces a una caza sistemática y encerrados en instituciones espe-

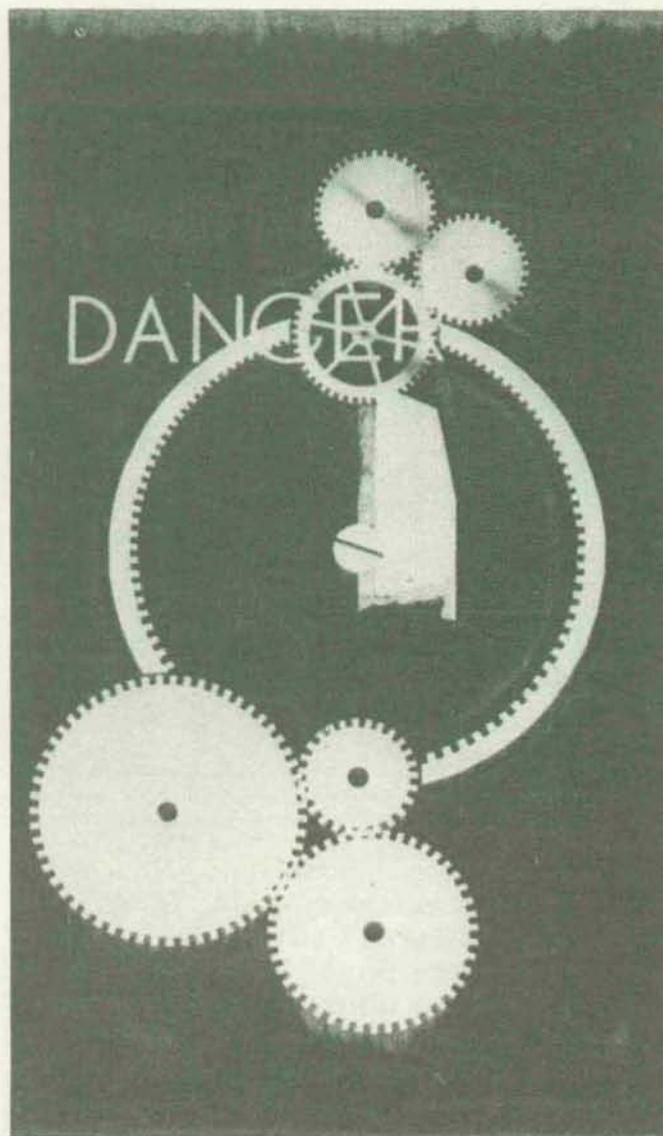
habían sido formuladas por M. Foucault. Una confrontación entre Marx - Foucault ha sido también planteada con anterioridad por G. Deleuze: «Ecrivain non: un nouveau cartographe». Rev. Critique, n.º 343, diciembre 1975, pgs. 1207-1227. Convendría sin embargo evitar un malentendido: las posiciones teórico-políticas de Foucault se diferencian e incluso se oponen a las de Deleuze. Solamente aquellos que tratan de obstaculizar los efectos prácticos de los análisis foucaultianos los confunden. Tal sería el caso de J. Baudrillard: «Oublier Foucault». Ed. Galilée. Paris 1977.



Frente a la tradicional concepción piramidal del poder —representada en el grabado—, Foucault propone las imbricaciones diferenciales de poderes y resistencias.

ciales en donde recibían tratamientos científicos y correctivos con el fin de ser integrados de nuevo en el espacio ordenado y moral de la normalidad. En cierto modo, **Las palabras y las cosas** echa por tierra los cánticos laudatorios sobre el hombre y sus valores, en nombre de la represión de los miserables, constituyendo así una especie de venganza.

Las diferentes arqueologías de Foucault —desde las ciencias humanas y el saber hasta la observación médica— partían de una concepción espacial de la sociedad en la que ésta era definida por sus márgenes sobre los que se asentaban los derechos humanos que constituían el reverso de una reglamentación represiva sirviendo de escenario a la comedia humana de la sociedad burguesa. No cabe duda que este intento implicaba grandes avances: frente a la temporalidad, Foucault privilegiaba el espacio; frente a la dicotomía ideología / ciencia presentaba la invalidación del saber que servía de justificación al ejercicio del poder sobre los cuerpos de los marginados, los locos y los cadáveres de los pobres; frente a un análisis centrado unilateralmente en la producción económica oponía el estudio de las prácticas ejercidas sobre los improductivos e incapaces; frente a la superestructura como reflejo de una instancia determinante presentaba los discursos imbricados en las prácticas de control social; frente a una historia totalizadora y continua introducía la discontinuidad, el análisis segmentario y limitado, los movimientos anónimos que cobran sentido a partir de la articulación de los distintos elementos. Sin duda demasiadas evidencias se habían resquebrajado, pero también se habían introducido ciertos equívocos como el propio Foucault reconocería más tarde. Cabía aún la posibilidad de pensar en un sujeto impersonal de la Historia constituido por esas masas marginales, lo que a la larga implicaba introducir de nuevo la continuidad, el problema de los orígenes y con él la metafísica. Por otra parte, la circunscripción de espacios separados del núcleo social, que recubre el ámbito de la normalidad, planteaba el equívoco de una historia estructural de carácter formal. Finalmente, **Las palabras y las cosas** podrían sugerir una totalidad entendida en términos culturales posibilitando de nuevo la acusación de estructuralismo. Estos equívocos desaparecen cuando Foucault se plantea la necesidad de una nueva concepción del poder y de la lucha política como consecuencia de *Mayo del 68*. Desde entonces la historia foucaultiana no será ya arqueológica, sino genealógica. En el fondo, lo que cambia es una



La obra de Man Ray (1920), aquí representada, puede servir como modelo de nuestro sistema social, que funciona sin exterioridades gracias a la sincronización de los dispositivos de poder.

sociedad entendida en términos de oposición (locura / razón, medicina / enfermedad, hombre / máscara, ...) por otra concepción también espacial pero eminentemente funcional que podría representarse por una enorme máquina que marcha sin exterioridades en virtud de la sincronización de los distintos engranajes que la componen, y cuyo combustible sería la energía producida mediante el ejercicio del poder que la propia máquina está encargada de extraer. Se pasa así de un modelo de exclusión y complementariedad a otro definido por la inclusión y la funcionalidad. El primero ha sido denominado por Foucault **modelo de la lepra**; el segundo, **modelo de la peste**.

El modelo de la exclusión del leproso impone a éste la ley del exilio permanente respondiendo en la época medieval al mantenimiento de una comunidad pura que exorciza los signos de la maldición divina. Por el contrario, las reglas de la cuarentena impuestas a una ciudad ase-



Conviene preguntarse si la ausencia de una teoría política del espacio en Marx no ha supuesto que el campesinado haya sido considerado por numerosos marxistas como clase reaccionaria. (Reproducción de una obra de J. Beuys sobre la democracia directa, 1972).

diada por la peste responden no sólo a un intento de evitar el contagio, sino también de detener los frenéticos y festivos intercambios entre los cuerpos producidos para intentar exprimir hasta las últimas gotas de placer de un tiempo que terminará con la muerte. El poder administrativo sometía a la ciudad apesada a una cuadrícula del espacio para vigilarlo hasta los más íntimos rincones. Distritos, barrios, calles, manzanas, casas, ventanas, individuos, serán sometidos a un control milimétrico con el fin de detener la danza de la muerte. Una serie de delegados perfectamente jerarquizados, desde los vigilantes de calle hasta el alcalde de la ciudad, estarán encargados de que reine la calma y el orden más estrictos. Este modelo es la ejemplificación del orden disciplinario vigente en nuestras sociedades burguesas. El fascismo, más que la dictadura de una fracción reaccionaria de la burguesía, es la multiplicación de la intensificación de controles ejercidos desde los humildes porteros y serenos hasta el más aparatoso jefe. No se trata tanto de una época de excepción cuanto de la radicalización y manifestación visible de técnicas disciplinarias extendidas por todo el cuerpo social en las democracias burguesas. *«Para que un cierto liberalismo burgués haya sido posible a nivel de las instituciones ha sido preciso que al nivel de lo que yo llamo los micropoderes se ejerciese un cerco mucho más cerrado sobre los individuos; ha sido preciso organizar la cuadrícula de los cuerpos y de los comportamientos.*

*La disciplina es el anverso de la democracia»*².

El sistema de la inclusión se impone a partir del siglo XVIII mediante la aplicación de una serie de mecanismos disciplinarios dirigidos a modelar los cuerpos, las actitudes, los comportamientos, las representaciones, etcétera, con el fin de regularizar la vida de los individuos. La burguesía ha sabido poner en marcha a lo largo de su historia una maquinaria de control que funciona como el microscopio de las conductas: la escuela, el ejército, el hospital, la prisión, así como la sexualidad, los discursos, la infancia..., se constituirán en lugares de examen, de fabricación de saberes y de ejercicio de poderes que son la clave de la buena marcha del orden social. Es como si el principio de la tutela, ejercido en un primer momento sobre los locos, los niños y los ingobernables en general, hubiese sido generalizado a todos los ciudadanos imponiéndoles un estatuto de incapacidad que justifica la extensión del ámbito de la libertad vigilada. El hecho de que los recintos cerrados de las prisiones y los muros de los manicomios comiencen a tambalearse, lejos de ser los síntomas de una liberación parecen más bien entrar en la lógica de la ampliación del control social. Los psiquiatras ya no se conforman con ser los médicos de locos, sino que son los especialistas de las relaciones interpersonales; los

² Entrevista con M. Foucault en *Les Nouvelles Littéraires*, n.º 2477, 17-23 marzo, 1975, pg. 3.

maestros ya no sólo moralizan a los niños, sino que extienden a los padres los secretos de una buena educación; el ejército ya no aparece tan sólo como la garantía de la «defensa nacional», sino que diagnostica los peligros internos, actúa como rompe-huelgas y permite que en su nombre se lancen amenazas para neutralizar cualquier tipo de contestación. Más que a un sistema de segregación y de marginalización de los indeseables, estamos asistiendo a lo que Robert Castel denomina con acierto **«le grand desenfermement»**, para indicar la tela de araña de controles sucesivos que incrementan cada vez más sus dominios³. Psicoanálisis, psicología, pedagogía, psiquiatría y otros saberes manipuladores

y normalizadores extienden y agilizan sus prácticas en virtud de la lógica totalitaria que les es constitutiva. Es posible que estos saberes y los poderes que ellos encierran hagan algún día innecesaria —por impopular— la policía. Por el momento se contentan con complementarla.

Los trabajos históricos de Michel Foucault y de sus colaboradores constituyen una importante contribución para elaborar la anatomía política del orden burgués. Son un complemento decisivo a los realizados por Marx sobre la producción. El capitalismo no se contenta simplemente con explotar al trabajador haciéndole producir, sino que en función de un máximo beneficio somete su cuerpo a una disciplina que regule sus gestos. Asimismo, al depositar en sus manos la riqueza que suponen las máquinas y las materias primas ne-

³ R. Castel: «Le psychoanalisme». Ed. Maspero. Paris 1973. Próxima aparición en castellano en Ed. Siglo XXI.

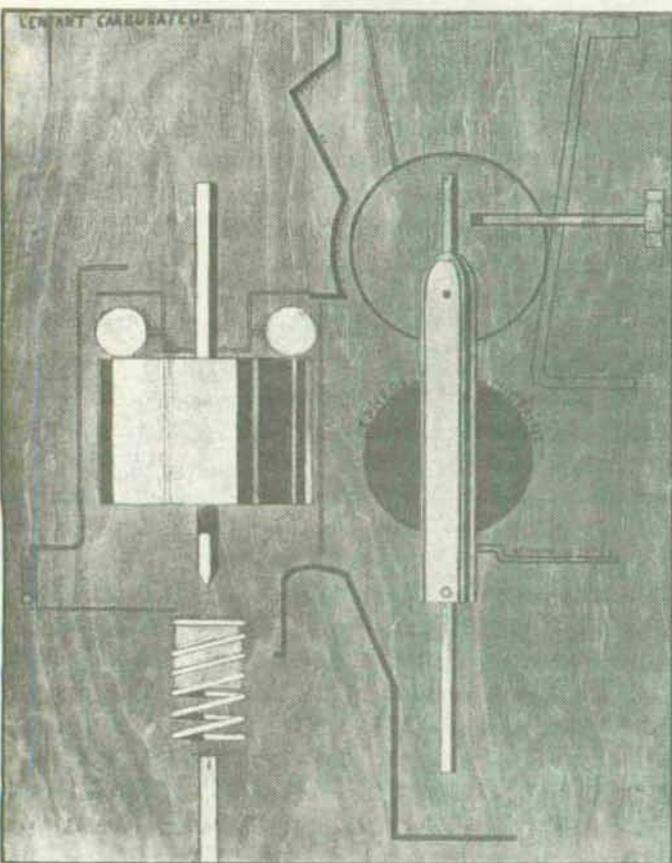


La medicina moderna es una técnica de poder-saber que conjura peligros, inculca valores, domestica y vigila además de curar. (Diseción vista por Hogarth, siglo XVIII).

cesita evitar su destrucción, lo cual explica esa «capa de moralización que fue lanzada desde arriba sobre la población del siglo XIX»⁴ y cuyo objetivo era hacer del pueblo un sujeto moral.

Foucault desarrolla los esbozos de Marx sobre el sometimiento y la moralización de los trabajadores, los cuales parecen haber sido subestimados por sus sucesores. Sin embargo, no sólo existe una relación de complementariedad entre la historia foucaultiana y la historia marxista. Foucault centra sus trabajos en aspectos que hasta entonces no habían sido analizados en una perspectiva política, lo que plantea un problema de fondo. ¿Cómo es posible que los historiadores marxistas hayan infravalorado centros de poder que funcionan en torno a la locura, la enfermedad, la prisión, la sexualidad, etcétera? Los pocos estudios que han sido realizados en tal sentido no superan el economicismo. Es como si de antemano se tuvieran las claves de los fenómenos haciendo innecesarios los análisis en profundidad. Paradójicamente este modo de proceder es contrario al utilizado por el propio

⁴ «Entretien sur la prison: le livre et sa methode» en *Le Magazine Litteraire*, n.º 101, junio 1975, pg. 29. (Se trata de un número extraordinario dedicado a Foucault.)



El cuerpo del niño se verá atravesado por numerosas instancias normalizadoras de carácter disciplinario coincidiendo con el desarrollo de la burguesía. Picabia expresó este fenómeno en su obra «El niño carburador», 1919, que contemplamos.

Marx. Pero no todo puede ser explicado por el stalinismo o por la desviación leninista. La historia marxista presenta una laguna importante al no estar ensamblada a una teoría política del espacio.

Uno de los grandes méritos de Foucault ha sido la introducción del espacio en la Historia, lo que ha supuesto malentendidos: «La utilización de términos espaciales ha dado la impresión de anti-historia a todos aquellos que confunden la Historia con las viejas formas de la evolución, de la continuidad viviente, del desarrollo orgánico, del progreso de la conciencia o del proyecto de la existencia. Desde el momento en que se hablaba en términos de espacio es que se estaba contra el tiempo, es que se "negaba la historia". Como decían los tontos, se era un "tecnócrata". No se daban cuenta que en la percepción de las implantaciones, de las delimitaciones, de los contornos de los objetos, de los gráficos, de las organizaciones de los dominios, lo que se hacía aflorar eran los procesos —por supuesto, históricos— del poder»⁵. Para Foucault la ausencia de una teoría política del espacio podría provenir de que éste, desde Kant, pasando por Hegel, Bergson, etcétera, ha sido identificado con lo muerto, lo no dialéctico, lo inmóvil, debido posiblemente a la emergencia de tecnologías políticas que lo ocuparon y a la aparición de prácticas científicas —física teórica y experimental, por ejemplo— que contribuyeron a que la filosofía se acantonase en el problema del tiempo⁶.

La ausencia del espacio en Marx ha producido efectos importantes que están aún sin analizar. En la explicación de esta ausencia, además de los factores señalados, se añade el hecho de que Marx haya centrado sus análisis en el capital, en tanto que elemento desterrri-

⁵ «Questions à Michel Foucault sur la géographie». *Rev. Herodote*, n.º 1, primer trimestre 1976, pgs. 78-79.

⁶ Parece claro que Marx recibió de Hegel esta ausencia, la cual no se reduce a sus obras de juventud como puede comprobarse al leer el «Postfacio a la segunda edición del *Capital*». Feuerbach pone de manifiesto que Hegel realiza una historia espacial: «El espíritu de Hegel es un espíritu lógico, determinado, un espíritu que me atrevería a llamar entomológico (...). Este espíritu se revela particularmente en su concepción y en su tratamiento de la historia. Lo que Hegel analiza son solamente las diferencias más relevantes de las religiones, las filosofías, las eras y los diversos pueblos, y solamente en una progresión ascendente; lo común, lo igual, lo idéntico, son completamente relegados a un segundo plano. Sólo constituye la forma de su intuición y de su mismo método el tiempo que excluye y no simultáneamente el espacio que tolera; su sistema no conoce más que subordinación y sucesión, ignora todo de la coordinación y de la coexistencia y de la coexistencia. Sin duda el último momento del desarrollo es siempre la totalidad que integra en sí los otros momentos». L. Feuerbach: «Contribución a la crítica de la filosofía de Hegel» en «*Manifestes philosophiques*» Col. 10/18, Paris 1960, pg. 20-21.



La psiquiatría bajo formas aparentes de liberación de la locura encierra y ordena a los dementes en un espacio moral y jerarquizado. La imagen muestra una casa de locos —grabado de Hogarth en el siglo XVIII— poco antes de la normalización.

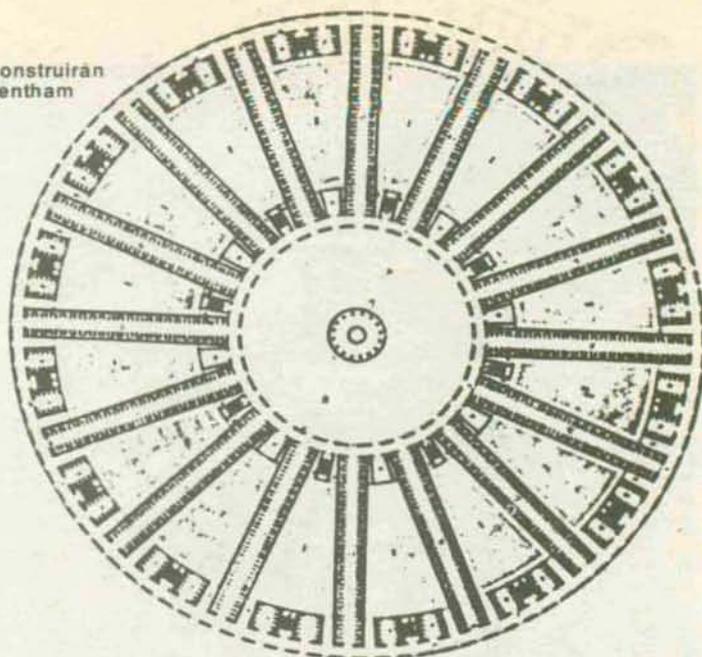
torializador, y en el proletariado, que como el pueblo judío, ha abandonado la tierra y vive de la esperanza en el futuro. De aquí que el concepto de plusvalía —expropiación de una parte del tiempo de trabajo— sea un elemento central en la economía política marxista. Quizá la ausencia del espacio explique a su vez que la teoría marxista se asiente sobre una topología simplista (infraestructura, estructura y superestructura). En todo caso esta deficiencia abre la posibilidad a uniformizar la historia favoreciendo todo tipo de historicismos y correlativamente de humanismos. Al abrir la puerta al problema de los orígenes se da entrada a simplificaciones teóricas tales como **Materialismo dialéctico y materialismo histórico** de Stalin o a los ensayos **sobre la contradicción** de Mao.

Habría que preguntarse también si el papel que los marxistas han asignado tradicionalmente al campesinado —caracterizado de conservador y freno de la revolución— no encuentra su raíz en una historia que se define por la ausencia de geografía. A lo cual habría que añadir los constantes ataques que en nombre del internacionalismo proletario fueron lanzados contra los movimientos de liberación nacional por no responder, se decía, a una concepción ortodoxa de la Historia. La **revolución china** y especialmente la vietnamita han rectificado estas concepciones al poner de manifiesto el carácter combativo del

campesinado en una guerra de liberación nacional.

Sería necesario un estudio detallado sobre los efectos concretos que produjo la comprensión de la Historia bajo un prisma exclusivamente temporal. «O el progreso hacia el socialismo o la regresión hacia la barbarie», decía Engels en el **Anti-Dühring**, y repetirán más tarde Rosa Luxemburgo y tantos otros. La historia aparece como una línea sin fronteras siguiendo la ley del progreso. Esto explica que para realizar un análisis de la familia burguesa, de la propiedad privada o del Estado los historiadores marxistas se hayan visto obligados a remontarse hasta tiempos remotos. Se explica también que Kautski, ardiente discípulo de Darwin, esperase con optimismo la realización fatal del socialismo mientras buscaba las leyes comunes a la evolución humana, animal y vegetal. Trotski, por su parte, estaba convencido en 1904 (**Nuestras tareas políticas**) de que «no sólo del crecimiento inevitable del partido político del proletariado, sino también de la victoria inevitable de las ideas del socialismo revolucionario en el interior de este partido». Frente a la actitud expectante y al reformismo producido por la seguridad de un futuro socialismo, Lenin o Rosa Luxemburgo oponen una aceleración del ritmo de la Historia que de todos modos no rompe con una concepción lineal. Lenin creyó en el carácter agonizante del capitalismo en su

Hospitales, prisiones, manicomios y otros espacios disciplinarios se construirán —desde finales del siglo XVIII— siguiendo el modelo panóptico de Bentham en el que se aúnan la vigilancia estricta y continua y la máxima economía de medios. En los grabados, proyectos de prisión y de hospital del siglo XVIII recogidos por Michel Foucault en «Surveiller et punir».



cia constitutiva de la voluntad de saber»⁸. La crítica de Nietzsche fundamenta una teoría de la historia y del poder que multiplica y corrige las potencialidades de los análisis marxistas.

II.—PODER

«Para mí lo esencial del trabajo es la elaboración de la teoría del poder»⁹. Si bien los trabajos históricos de Foucault ponían al descubierto poderes específicos, **Vigilar y castigar** inaugura una nueva representación del poder. Frente a una visión esencialmente jurídica en la que el poder adopta la forma de la ley y cuyos efectos son eminentemente negativos (prohibiciones, exclusiones, ocultamientos, rechazos, censuras...) aparece ahora una concepción táctica y estratégica de las relaciones de poder que cobran así una dimensión de positividad. En el primer tomo de la **Historia de la sexualidad (La voluntad de saber)** aparece más claramente definida su nueva perspectiva política. El poder es entendido como «la multiplicidad de relaciones de fuerza que son inmanentes al dominio en que se ejercen y constitutivas de su organización; el juego que mediante luchas y enfrentamientos incesantes las transforma, las refuerza, las invierte; los apoyos que estas relaciones de fuerza encuentran unas en otras formando cadenas o sistemas, o, por el contrario, los desajustes, las contradicciones que las aíslan; en fin, las estrategias en las que estas relaciones se materializan y cuyo diseño general o cristalización institucional se integra

⁸ M. Foucault: «Nietzsche, la genealogie, l'histoire» en «Hommage à Jean Hyppolite», Ed. PUF, Paris 1971, pg. 172.

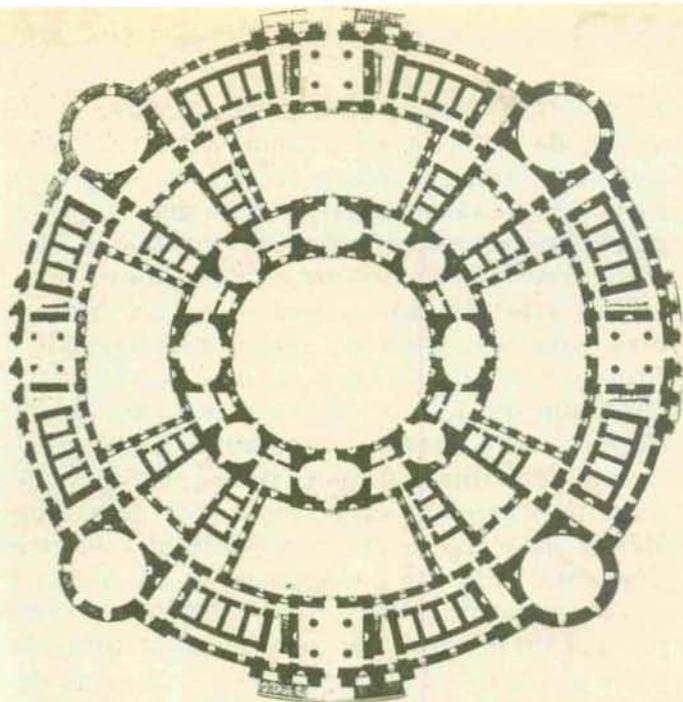
⁹ M. Foucault: «Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps», en La Quinzaine Littéraire, n.º 247, 1-15 enero 1977, pg. 5.

fase imperialista y en la necesidad para el socialismo de pasar por la fase previa del capitalismo de Estado. Tales convicciones están vinculadas a la teoría marxista de la Historia, la cual comenzó a modificarse a partir de la guerra del 14, ya que la guerra implica ante todo la evidencia de la geografía, las tomas y pérdidas del terreno, y las estrategias de lucha en función del espacio⁷. Pese a esto el triunfo de la Revolución Rusa se convirtió en la ejemplificación de las futuras revoluciones, ya que una vez más la dimensión histórico-temporal prevaleció sobre el estudio de las condiciones geográficas concretas. Rusia era el modelo a seguir y puesto que las diferencias espaciales no se tenían en cuenta, constituía al mismo tiempo el centro de decisión política del proletariado mundial.

La Historia en Marx está ligada a la desterritorialización de la masa monetaria y a una clase desposeída de su corporalidad al venderse como fuerza de trabajo. En el fondo del debate entre bakuninistas y marxistas existe posiblemente una disyuntiva entre la Historia y la tierra. Las comunas agrícolas, las ocupaciones de locales, el manejo de los explosivos, los movimientos cantonalistas, la destrucción de las instituciones y las acciones espontáneas aparecen en oposición a las estrategias a largo plazo, los movimientos de conjunto bien sincronizados, la programación y la teoría.

La Historia de Foucault es una genealogía basada en el espacio que se opone al despliegue meta-histórico de las significaciones y de los indefinidos teleológicos. La genealogía se remonta en el tiempo no para establecer la continuidad y buscar los orígenes, sino para reconstruir la dispersión que caracteriza al pasado, rompiendo así con una historia que busca la totalidad. Es, por tanto, una historia plenamente materialista que se desplaza de los manicomios a las prisiones, de las fábricas a los barrios y que analiza localmente el entrecruzamiento de saberes y poderes, sigue sus engarces y descubre sus estrategias. Una historia en fin que convierte «la veneración de los monumentos en parodia; el respeto de las viejas continuidades en disociación sistemática; la crítica de las injusticias del pasado basada sobre la verdad que el hombre posee hoy en destrucción del sujeto de conocimiento dada la injusti-

⁷ En tal sentido: Y. Lacoste: «La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre». Ed. Maspéro, Paris 1976.



en los aparatos de Estado, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales»¹⁰.

El poder no se identifica con las instituciones ni con la concepción jurídica de la imposición o el sometimiento, ni tampoco con un sistema general de dominación ejercido por un individuo o por un grupo sobre los otros y cuyos efectos atravesarían todo el cuerpo social. La concepción foucaultiana del poder ha sido producida por una necesidad teórica de explicar los fenómenos históricos que la concepción tradicional no permitía comprender. Surge, pues, como una herramienta de trabajo que se ve sometida a rectificaciones a medida que los análisis históricos avanzan en tal perspectiva. Resumimos las líneas generales de tal concepción:

1.—El poder se ejerce, se arriesga constantemente en numerosos puntos y en el engranaje de relaciones móviles y desiguales; no es, por lo tanto, propiedad exclusiva de una clase sino que las tácticas en las que el poder cristaliza están en función de condiciones urgentes y concretas antes de ser reorganizadas y mantenidas en una estrategia de clase que les proporciona cierta cohesión.

2.—Las relaciones de poder son immanentes, es decir, no están en relación de exterioridad respecto a procesos económicos, de conocimiento, etcétera. El poder es de hecho uno de los elementos constitutivos del modo de producción capitalista. Hospitales, escuelas, manicomios, prisiones, sexualidad, dominación machista, etcétera, no funcionan como garantía de un modo de producción, o como subproductos que lo consolidan, sino que lo constituyen. El desarrollo de las fuerzas productivas,

así como la expansión tecnológica, no se explican sin la diseminación de los poderes disciplinarios por todo el cuerpo social. Las relaciones de poder no son, pues, *superestructurales* ni están subordinadas a una instancia determinante.

3.—El poder viene de abajo y funciona en innumerables áreas, dando lugar a frentes de inestabilidad que se conexionan entre sí, se entrecruzan, se oponen circunstancialmente. Las múltiples relaciones de fuerza se condensan y redistribuyen produciendo efectos hegemónicos. Frente a la tradicional concepción piramidal del poder según la cual existe un punto central del que provienen todas las derivaciones, o frente a una repartición binaria entre dominadores y dominados en la que el poder sigue funcionando de arriba hacia abajo, Foucault propone imbricaciones diferenciales de poderes y resistencias. El esquema clásico asimilaba el Estado a una fortaleza favoreciendo así una alternativa política de guerra que exigía un ejército de militantes bien reglamentado, jerarquizado y disciplinado. Por el contrario, Foucault considera el Estado como la integración institucional de las relaciones de poder, siendo, pues, una resultante y no el punto de partida. Rompe así con la representación jurídico-administrativa del Estado como aparato monolítico del poder por considerar que resulta inadecuada en su aplicación a nuestras sociedades disciplinarias en las que se da una *«producción multiforme de relaciones de dominación que son parcialmente integrables en estrategias de conjunto»*¹¹.

4.—Las relaciones de poder son a la vez intencionales y no subjetivas. El poder no se explica a partir de voluntades individuales o colectivas; su inteligibilidad proviene de que se ejerce en vistas a objetivos concretos y limitados. La racionalidad del poder emana de que las tácticas son explícitas allí donde se localizan. Sus encadenamientos y condensaciones, a través de resistencias y apoyos, terminan por estructurarse en dispositivos de los que puede inferirse una lógica interna sin que ello implique una conciencia que haya formulado las estrategias.

5.—El ejercicio del poder conlleva la existencia de resistencias que le son constitutivas y al igual que las relaciones de poder, dichas resistencias se producen continuamente, se distribuyen de forma irregular, se solidifican en ciertos puntos, se debilitan en otros y atravie-

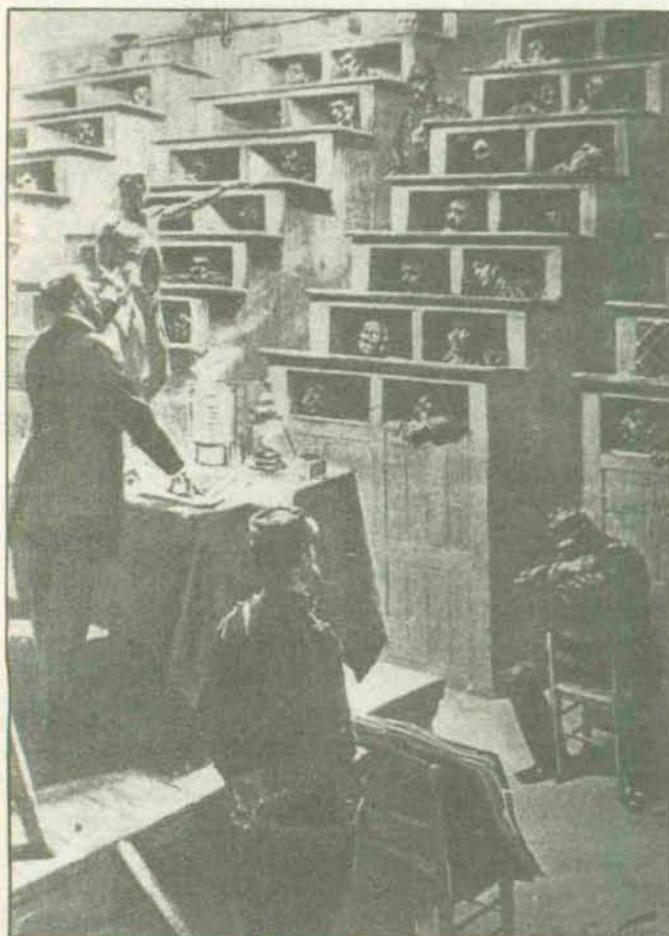
¹⁰ M. Foucault: «*Histoire de la Sexualité*», T. I. *La volonté de savoir*. Ed. Gallimard. París 1976, pgs. 121-122.

¹¹ «*Pouvoirs et stratégies*». Entrevista con M. Foucault en *Les Revoltes Logiques*, n.º 4, primer trimestre 1977, pg. 95.

san, como el poder mismo, aparatos e instituciones sin localizarse exactamente en ellos. No son el anverso del poder ni su reflejo, tampoco están aprisionadas en él, sino que le son irreductibles. No existe, pues, un lugar único y específico en donde se fragua la revolución, sino que ésta será posible mediante la reorganización estratégica de los diferentes frentes de resistencia.

En resumen, frente al principio de la posesión del poder por una clase, Foucault señala que «*las grandes dominaciones son los efectos hegemónicos que sostienen continuamente la intensidad de enfrentamientos que recorren todo el cuerpo social*»¹². Frente a su localización en el Estado y sus aparatos, propone una multiplicidad de relaciones de fuerza, frente a su subordinación a la instancia económica, su integración en el modo de producción; y frente a un poder que produciría, a nivel del conocimiento, exclusivamente ideología, un poder que produce lo real, favorece y estimula selectivamente ciertas prácticas y discursos.

¹² M. Foucault: «*Histoire de la sexualité*». Op. c. pg. 124.



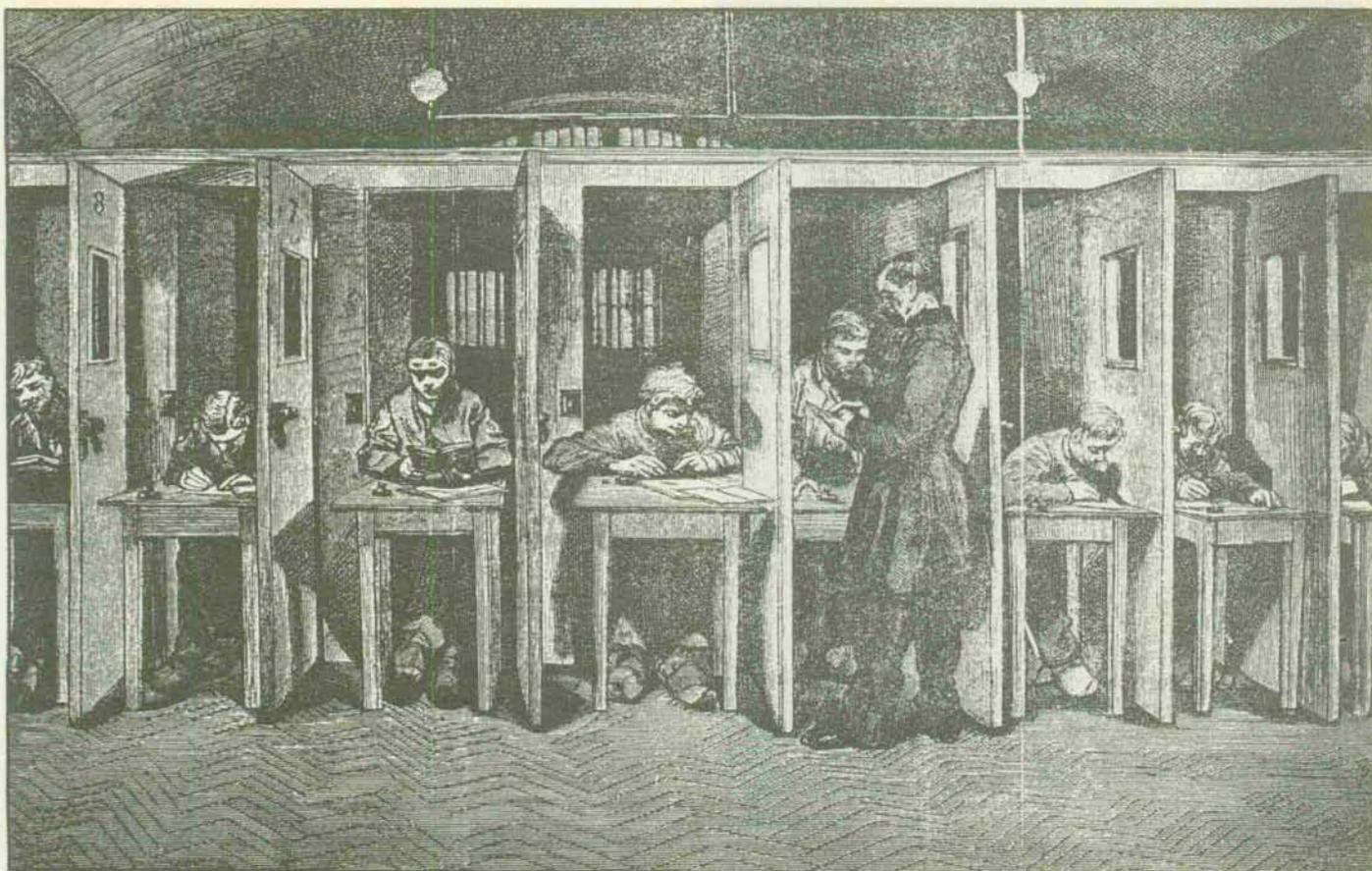
La prisión, en tanto que microscopio de las conductas, permitirá la organización de saberes nuevos, la aplicación de técnicas correctivas y la inculcación de valores morales que, a partir de este laboratorio humano, se utilizarán en la gestión política de las poblaciones. La imagen representa una conferencia sobre los desastres del alcoholismo dirigida a los presos.

El poder produce saberes, y viceversa, todo saber, de forma institucional a partir del siglo XIX, conlleva cierto ejercicio de poder. Entre técnicas de saber y estrategias de poder no existe una relación de exterioridad, si bien cada una de ellas desempeña funciones específicas articulándose a partir de sus diferencias. No existe, pues, un saber desinteresado y libre al que exigencias económicas o ideológicas hubiesen luego impuesto deformaciones, ni tampoco en el otro extremo un saber totalmente determinado por el poder. «*El discurso vehicula y produce saber, lo refuerza pero también lo mina, lo expone, lo vuelve frágil y permite eliminarlo*»¹³. En consecuencia, el análisis del discurso no consiste tanto en buscar, respecto a un dominio determinado (locura, crimen, sexualidad, educación, ...), quiénes detentan el poder y quiénes lo padecen, quiénes saben y quiénes son ignorantes, sino en conocer el esquema de las modificaciones que las relaciones de fuerza sufren en virtud de su mismo ejercicio.

Foucault señala en **Vigilar y castigar**, refiriéndose al crimen, que a la condena moral de principios del siglo XIX sucede un discurso según el cual el delincuente ya no está tanto en relación con una tecnología penal, la de la prisión, cuanto con una tecnología médica según la cual las acciones contra la ley encuentran su justificación en el mal funcionamiento del psiquismo, en fallos del carácter, o en el inconsciente. Las funciones de normalización se redistribuyen dando lugar a la intervención de nuevos especialistas y a nuevas modalidades en el ejercicio del poder. El crimen se psicologiza perdiendo cada vez más su carácter político. Del mismo modo, en el caso de la sexualidad (**La voluntad de saber**) ocurren transformaciones incesantes. Si en el siglo XIX la sexualidad infantil se problematiza en el interior de una relación en la que intervienen médicos, educadores y padres, más tarde con la entrada en función de nuevos especialistas (los psiquiatras y psicólogos fundamentalmente) se extiende el campo llegando a problematizarse la sexualidad misma de los adultos, especialmente de los padres, a partir de las anomalías detectadas en la sexualidad infantil.

En el análisis de los discursos, Foucault parte de lo que denomina «*focos locales*» de poder-saber, en los cuales se condensan relaciones de fuerza, se entrecruzan diferentes formas de discursos y de prácticas, perfilando, a través de incesantes flujos y reflujos entre ellas, de-

¹³ M. Foucault: «*Histoire de la sexualité*». Op. c. pg. 133.



A partir del siglo XVIII, «comienza un largo proceso de encierro de los niños (igual que de los locos, los pobres y las prostitutas) que no cesará de ampliarse hasta nuestros días y que se denomina la escolarización» —Ph. Aries—. El grabado muestra una escuela de jóvenes detenidos.

terminadas formas de sometimiento, así como esquemas específicos de conocimiento. Si tomamos de nuevo como referencia el crimen, focos de poder-saber estarían constituidos por las relaciones que se establecen en los interrogatorios, así como las que se instauran directamente sobre los cuerpos de los culpables que, durante su detención, serán minuciosamente observados y su conducta anotada en detalle. La prisión se convierte en un observatorio permanente, y los presos serán clasificados según su mayor o menor grado de sometimiento a los reglamentos. Todo un saber individualizante se organiza teniendo como referencia la peligrosidad que se supone encierra un individuo y que se manifiesta a través de su conducta. La prisión aparece entonces no sólo como una máquina de castigar y transformar al culpable, sino también como una fábrica de saberes. En el campo de la sexualidad, focos de saber-poder se constituyen alrededor de la práctica de la confesión —examen, exposición de faltas, interpretación...—, o, sobre el cuerpo vigilado del niño, observado permanentemente desde el siglo XVIII por los padres, los médicos y los pedagogos, que constatan las menores manifestaciones y modificaciones de su sexo. Estos focos de poder-saber, así como las «matrices de transformación» a que dan lugar,

funcionan cuando se inscriben, mediante encadenamientos sucesivos, en una estrategia amplia, a la que sirven de soporte y la que, a su vez, les permite funcionar estableciéndose así una relación de doble condicionamiento. Ahora bien, es preciso tener en cuenta que la función táctica de los discursos no es uniforme ni estable, por lo cual no puede pensarse en un mundo del discurso compartido entre discursos aceptados y discursos prohibidos, o entre discursos dominantes y discursos de los dominados, sino más bien en una multiplicidad de elementos discursivos que pueden inscribirse en estrategias diferentes. Para Foucault es precisamente esta multiplicidad la que debe ser restituida con lo que supone de variantes y de efectos distintos, teniendo en cuenta lo que se dice y lo que se oculta, quién lo dice, qué poder tiene, desde qué institución se habla, etcétera, para poder mostrar los efectos recíprocos de poder-saber que los discursos aseguran, y cuáles son las relaciones de fuerza que los hacen necesarios en un determinado momento histórico y en un enfrentamiento concreto de los múltiples que se producen.

La cuestión fundamental que subyace a este planteamiento es poner al descubierto los mecanismos que instauran y hacen circular discursos calificados de «verdaderos», y que



Para Foucault, es preciso analizar, respecto a la sexualidad, los innumerables mecanismos que en nuestra sociedad invitan, incitan, obligan a hablar del sexo.

vehiculan poderes específicos. Comprender cómo se constituye «la verdad» y qué efectos asegura, mostrar cómo sobre esta tecnología se articula directamente el orden burgués. Realizar una anatomía histórico-política de su constitución es de alguna manera ofrecer herramientas que pueden servir en una lucha por su destrucción.

III.—LUCHAS POLITICAS

Las luchas contra el poder médico, la institución manicomial, la prisión, la justicia, las disciplinas, etc., constituyen los centros de atención de los trabajos foucaultianos. «*La historia que he realizado —dice— no la he hecho más que en función de estos combates*». Si los trabajos de Foucault presentan la radicalidad que los caracteriza se debe sin duda a su participación en estas luchas. Mayo del 68, el departamento de Filosofía de la Facultad de Vincennes, la ocupación de la Casa de Túnez en la Ciudad Universitaria, las protestas contra la ejecución de Buffet y Bontemps —dos «asesinos comunes»—, la presencia en España con motivo de la ejecución de los militantes de ETA y del FRAP, la creación y el apoyo del Grupo de Información sobre las Prisiones (GIP)..., he aquí algunos de los frentes en que Foucault participó directamente y que en último tér-

mino posibilitan sus análisis. En contrapartida, la historia foucaultiana, rompiendo y rectificando otras utilizaciones de la historia, avanza una nueva concepción del funcionamiento del poder de inmediatas repercusiones políticas. El sistema social funciona a través de la conexión de poderes diseminados que producen focos de resistencia caracterizados por su especificidad; esta multiplicación de poderes, lejos de ser derivaciones de una instancia determinante, son en sí mismos productivos y generadores de impulsos que hacen funcionar los engranajes de la sociedad; las resistencias que se producen en estas luchas, antes consideradas marginales, se encuentran, por tanto, en el centro mismo del sistema, lo que implica que la vieja concepción de la lucha política se ve desplazada por otra en la que las tácticas y las estrategias pasan por la radicalización de estos enfrentamientos que no se diluyen en otras luchas prioritarias, sino que en función de su especificidad presentan la posibilidad de coordinarse entre sí, multiplicando sus efectos.

Dos alternativas se ven así superadas: la lucha armada y el reformismo electoralista. La concepción militar de la lucha política proviene de la instrumentalización del Estado entendido como baluarte que sólo puede ser conquistado por un ejército de profesionales. Una tal alternativa es inviable en nuestras sociedades disciplinarias, no tanto en virtud de unos prejuicios morales cuanto por una lección histórica que muestra el fracaso de hacer frente una y otra vez a ejércitos nacionales. El reformismo electoralista a su vez parte de una concepción del Estado como Sujeto; es decir, siguiendo el modelo jurídico-administrativo del Soberano. El poder del Estado es tal que toda la lucha política se desarrolla por vía pacífica para conseguir ocuparlo. El objetivo no es, pues, la destrucción de poderes, sino la apropiación del poder, en un primer momento, lo que implica no sólo posponer y subordinar las luchas en los distintos frentes en función de esta conquista planteada a largo plazo, sino también implícitamente aceptarlos, ya que no se pueden conseguir los votos de los técnicos, profesionales y especialistas de todo tipo sin asegurarles su supervivencia, lo que lleva consigo el mantenimiento de sus poderes. Para justificar tal opción se ha creado el mito de «la nueva clase obrera», constituida por los proletarios de bata blanca. En cierto modo, este tipo de alternativa sigue planteando la necesidad de unos profesionales de la política que representen a las masas, sustituyéndolas. La política, lejos de ser confrontaciones, se convierte en

reuniones de despacho, pactos y compromisos que excluyen a una mayoría ignorante.

Foucault ha puesto de relieve que las luchas de los soldados, los enfermos, los locos, los prisioneros, las mujeres, etc., no se solucionan diluidas en intereses supuestamente prioritarios, ya que para los que padecen el poder lo fundamental es destruirlo. Esto no excluye la importancia de una victoria electoral de la izquierda, se sitúa a otro nivel: se trata de acabar con un sistema disciplinario que funciona imponiendo la normalización. Tal perspectiva pone en cuestión formas de organización política estructuradas jerárquicamente y que funcionan gracias a la delegación de poderes al contestar el papel dirigente y omnisciente de unos pocos sobre una base mayoritaria, ya que parece contradictorio levantar una maquinaria que interioriza los poderes y la disciplina para mejor combatirlos en el exterior. Sin duda, esto no será del agrado de los estrategas de todo tipo que dogmatizan a derecha y a izquierda las líneas ortodoxas a seguir en nombre del proletariado ¡Como si el proletariado no fuese capaz de hablar por sí mismo en la calle, en las fábricas y en tantos otros sitios de enfrentamiento! Han comenzado a sonar las campanas por todos aquellos que, seguros de su saber, deciden en nombre de los demás cuándo hay condiciones para la lucha, recuperan de forma partidista el esfuerzo de todos y se definen como los aristócratas de la política.

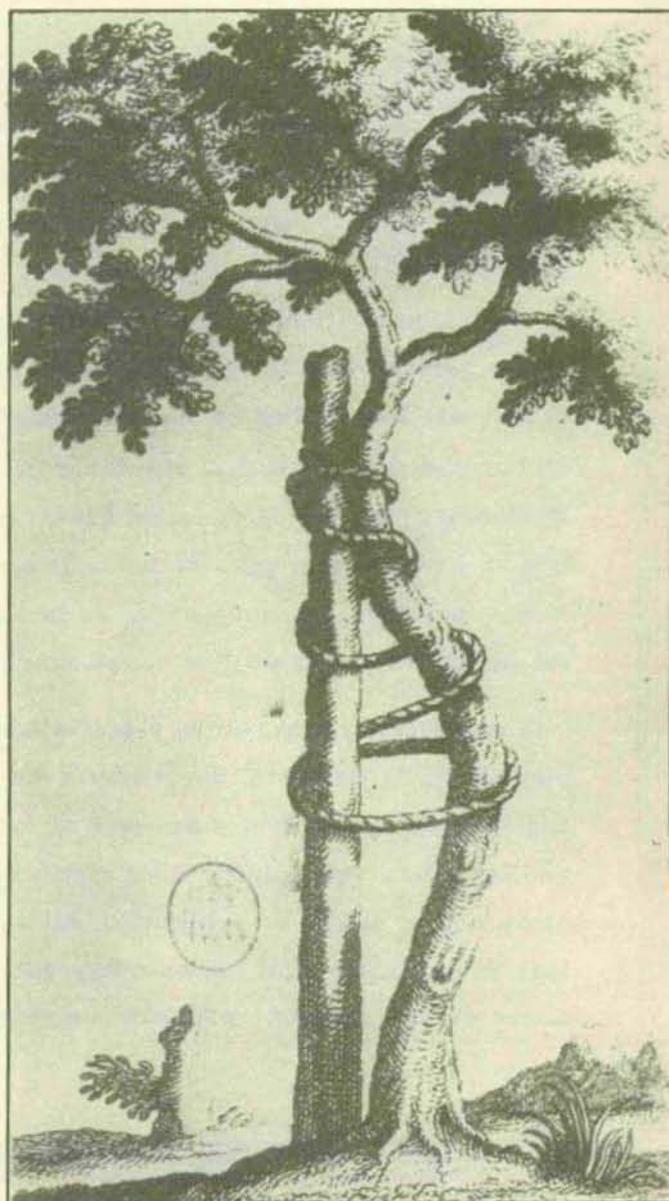
La función de los análisis históricos consiste en romper evidencias, deshacer malentendidos, señalar localizaciones estratégicas, proporcionar materiales de lucha, mostrar lo intolerable del poder y la necesidad de una transformación. Las alternativas corresponden a aquellos que están directamente implicados en los frentes de antagonismos. Por otra parte, el proceso de destrucción de los mecanismos de poder genera alternativas que no pueden estar previstas de antemano. Las luchas contra el poder se asemejan a un combate de judo: es preciso aprovechar la fuerza del contrario para utilizarla contra él, improvisar escapatorias, rectificar ataques, desplazarse con agilidad. Las tácticas cambian en función de ofensivas y contra-ofensivas, las estrategias se modifican en función de las relaciones de fuerza, la concepción correcta de las luchas no se programa de una vez por todas, sino que se elabora en función de los resultados obtenidos y de las reacciones del adversario.

Las genealogías foucaultianas designan el campo de batalla, los puntos donde se debe

golpear, desenmascarar las trampas, preven en cierta medida, las réplicas. «Hay en estas posiciones de Foucault una revolución teórica que no va solamente contra las teorías burguesas del Estado, sino contra la concepción marxista del poder y de sus relaciones con el Estado. Es, en fin, como si algo nuevo surgiese después de Marx. Es como si una complicidad en torno al Estado se hubiese roto. Foucault no se contenta con decir que hay que repensar ciertas nociones, incluso no dice nada de esto, lo hace; y propone así nuevas coordenadas para la práctica»¹⁴. Una nueva historia, una nueva teoría del poder, una justificación distinta de las luchas políticas..., tales son algunas de las contribuciones de la anatomía histórico-política que está realizando actualmente Michel Foucault

■ J. V. y F. A.-U.

¹⁴ G. Deleuze: *op. c.* pg. 1212.



M. Andry: «La ortopedia o arte de prevenir y de corregir en los niños las deformidades del cuerpo, 1749 (M. Foucault lo ha recogido en su «Surveiller et punir»).